

# **FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO**

**Edición especial**

**Número 21**

## **Idelaes y Maestros**

**Por Gabriel Burgos Suárez**

## **IDEALES Y MAESTROS**

**Gabriel Burgos Suárez**

¿Cuál es la actitud hacia la muerte de la inmensa mayoría de los seres humanos? Es considerada como el hecho más doloroso y trágico de la existencia, el final de todo. Sabemos que vendrá inevitablemente, pero nos aferramos por todos los medios posibles a prolongar la existencia del cuerpo físico, aunque esté débil, enfermo y sufriendo toda clase de calamidades debido a la vejez, o por enfermedades y accidentes durante el curso de los años. Sin embargo, la muerte es el medio para romper con toda clase de condicionamientos, es el portal para el crecimiento evolutivo del alma.

La Teosofía nos muestra la evolución, paso a paso, sin saltar ningún peldaño, desde el caníbal más primitivo hasta el hombre perfecto como el Señor Cristo, y más allá, en una evolución supra-humana hacia una sabiduría que todo lo abarca en la Unidad.

Los Grandes Seres nos muestran la meta de la vida: alcanzar la perfección humana; y los medios para lograrlo: vivir de acuerdo con las leyes de la vida espiritual.

En la actualidad, la mayoría de los seres humanos carece todavía de grandes ideales espirituales. Hay una minoría creciente que toma en serio las enseñanzas y trata de vivir de acuerdo con ellas. De entre ellos, unos pocos seres excepcionales se destacan en ese intento; son la avanzada de la evolución y muestran la tendencia de la humanidad en el porvenir. Son los Adeptos o Maestros de Sabiduría, seres humanos que pasaron por nuestras mismas dificultades, cayeron y se levantaron muchas veces, venciendo a sí mismos hasta alcanzar la estatura espiritual en que se encuentran. Al haber pasado por nuestras mismas penalidades y tropiezos, nos entienden, compadecen, y tratan de ayudarnos.

¿Será extraña la idea de los Maestros, de los seres perfectos? Todos los días nos encontramos con seres admirables y frecuentemente admirados por el bien que hacen, o temidos y despreciados por la manera de alcanzar sus fines sin importar a cuántos hacen sufrir para lograr sus metas. Estos últimos son genios de la política, de las finanzas, de la diplomacia. Son genios en sus respectivos campos, pero no vemos generalmente su crecimiento espiritual, ni menos aún que se estén acercando al Adeptado. Tienen gran inteligencia y conocimientos que usan en su beneficio particular, pero les falta la sabiduría del Adepto que busca el bien común de todos los seres.

El Adepto tiene esas cualidades y muchas más; carece de aspectos notorios de los genios anteriores, como el egoísmo y lo que de él se desprende. El Adepto tiene Sabiduría.

La Teosofía nos presenta un panorama completo: las leyes del desarrollo a partir del momento en que reconocemos que somos Mónadas y anhelamos realizar la divinidad en nosotros. Antes de eso, si se nos preguntaba ¿tú quién eres? respondíamos para identificarnos plenamente: soy Fulano de Tal, tengo tantos años, mi profesión es tal o cual, soy rico o pobre, de alta, media o baja clase social, etcétera; y si en el interrogatorio se nos llegara a preguntar sobre nuestras creencias religiosas sobre el más allá, posiblemente dijimos: cierto, me olvidaba, **«tengo un alma»**. Al responder así el interrogatorio nos estamos identificando con lo que no somos, nos identificamos con el cuerpo que dura unos cuantos años y parece como lo vemos a nuestro alrededor todos los días. El alma es, vista así, simplemente una de nuestras posesiones. Con el conocimiento de la Teosofía nuestra firme respuesta será ahora totalmente distinta: **«soy un alma»** que se mueve y actúa a través de cuerpos o vehículos.

Los Maestros lo saben, distinguen lo eterno e inmortal de lo impermanente y perecedero, y nos lo muestran claramente. Ellos tienen su vista permanentemente en lo eterno sin desviarse jamás del camino que conduce a la meta de la infinita paz, del infinito amor, de la sabiduría infinita. Tienen una firme Voluntad para vivir la vida espiritual en medio de las condiciones del mundo, siguiendo fielmente sus leyes inmutables.

Las Leyes espirituales tienen su origen y se sintetizan en la Vida Una de donde todo procede. La Vida Una es eterna, sin principio ni fin, no tiene límites, está fuera y dentro de todas las cosas, de todas las criaturas, de todos los seres. Está completa e infinita dentro de cada uno de nosotros los seres humanos; está dentro de ti y está dentro de mí. La misma Vida en todo y en todos, oculta y prisionera dentro de las formas temporales y perecederas. Es nuestra naturaleza real Una indivisible envuelta en innumerables formas que nos separan y dividen.

De la Unidad de la Vida se desprende la Fraternidad Universal, cuyo reconocimiento es el primer objeto de la Sociedad Teosófica. No la reconocemos porque nos identificamos con las formas y creemos que somos esas formas. Buscamos y luchamos por lograr nuestro crecimiento personal y olvidamos o ignoramos o no lo sabemos que el crecimiento necesario es del Todo, aparentemente separado por las formas. Por esta razón, olvidando la unidad de la Vida, hemos convertido nuestras relaciones humanas en un campo de batalla donde cada uno quiere sacar el mayor partido, a costa, muchas veces, del sometimiento, la sumisión y sufrimiento de los demás

Por las razones anteriores, el Maestro no trabaja por Su propio desarrollo, sino por el de todos y del todo; por el bien común y por la perfección del universo. Anhela, por consiguiente, encontrar discípulos para ayudarlos y para que ayuden a su vez. El encuentro no es en el Tibet o en los Himalayas; es viviendo la vida requerida.

El egoísta triunfador del mundo no tiene una felicidad permanente porque la busca afuera, en lo impermanente, para sí mismo, sin importarle el dolor y la buena o mala suerte de los demás, donde una y otra vez se le escapa de las manos. No contribuye a la

felicidad de otros ni está interesado en la fraternidad humana. Por eso busca excitaciones nuevas, buscando inútilmente una felicidad permanente afuera que solo puede encontrar permanentemente en su interior más íntimo. Un Maestro dijo que la libertad se logra cuando uno se convierte en esclavo de las leyes de la Naturaleza, en todos sus niveles. Es una voluntaria esclavitud que nos hace libres. Algo muy diferente de la actitud de muchos hombres y mujeres corrientes que acuden a su concepto de libertad para satisfacer sus bajas inclinaciones, cuando dicen: «yo soy libre de hacer con mi cuerpo lo que desee» y el resultado es que se esclaviza a sus deseos de lujuria o de búsqueda de toda clase de placeres para el cuerpo que, a la larga, lo enferman y degradan. Esto lo podemos ver todos los días en vicios como el del cigarrillo. Quien fuma, no es libre. Llega un momento en que sabe que el vicio lo puede llevar a un cáncer o a un enfisema pulmonar o a una muerte prematura, pero no puede dejarlo, aunque quisiera; pero su voluntad es muy débil y no lo consigue, porque mente, emoción y acción están esclavizados por algo tan banal como llevar humo y nicotina a los pulmones en lugar de llevar a ellos el aire más puro posible, como procura quien es libre de este vicio. Lo mismo sucede con la felicidad real y permanente, que es inútil buscarla afuera porque se nos escapa. Debemos buscarla adentro, en lo más profundo de nuestra naturaleza, donde nada ni nadie nos la puede arrebatar.

El Maestro prescinde de todo lo que lo ata para poder obrar en libertad. El Señor Cristo nunca tuvo nada ni lo quiso. El Señor Buddha dejó todo para buscar la causa de la aflicción y encontrar cómo liberarnos de ella definitivamente.

Junto a esos Seres raros sentimos una influencia espiritual que no depende de Su casa y pertenencias, sino de Él. Podríamos preguntarnos ¿Cómo será el ambiente en el hogar del Maestro? Será lo anterior elevado a una altísima potencia. No vive de acuerdo con las circunstancias y las modas y las costumbres de una época, que siguen las masas consciente o inconscientemente. El entorno no tiene ningún poder sobre Él. Él crea el ambiente benéfico que influye sobre los demás. Todo surge del interior del Ser como una fuerza centrípeta irresistible.

Junto a los Grandes Seres, como el Señor Cristo cuando habitó entre los hombres, estos sentían Su grandeza, y, los que estaban abiertos para recibir Su mensaje y transformarse, se inundaban de Su atmósfera maravillosa. El cambio dependía de cuan sincera era la actitud de cada cual. Ese cambio permanente fue notorio en los seres más cercanos a Él como los Apóstoles, pasajero en otros como algunos de Sus discípulos, alejados de Él en el tiempo, y en una gran mayoría no hubo ni hay ningún cambio. ... ¿Qué ha pasado?

El Maestro induce al cambio de quien está dispuesto, pero no puede imponerlo. Irradia como el sol que envía sus rayos en todas direcciones. Cada hombre recibe esa influencia en la medida de su capacidad receptiva, pero tiene que hacerlo por sí mismo. Si, por ejemplo, para ilustrar un poco más esto, un niño pequeño llora el domingo por la noche porque no ha hecho la tarea de aritmética que debe presentar el lunes, y su mamá se la hace, el niño quedará bien ante el maestro de su clase, pero la mamá no lo está

ayudando. El niño continúa sin saber en dónde está el problema ni mucho menos cómo resolverlo. La verdadera ayuda se hará patente cuando el niño comprenda el planteamiento y cómo llegar a la solución por sí mismo.

Algo similar ocurre con los falsos maestros o gurús, que aceptan discípulos generalmente a cambio de altas remuneraciones, y les ofrecen cosas fáciles. Posiblemente les dicen: «Para alcanzar la liberación no tienes que cambiar tu estilo de vida. Sigue como vas. Lo que necesitas es ponerte en mis manos que yo, con mis poderes, te liberaré.»

Otro punto es el siguiente:

¿De qué sirve estar en la presencia física del Maestro si en nosotros no hay algo de esa naturaleza desarrollada? En este caso nuestra mente puede ser un impedimento porque confundimos al Maestro con Su cuerpo. Naturalmente que Su cuerpo tiene una majestad que es reflejo de Su naturaleza espiritual, y, si estuviéramos suficientemente despiertos espiritualmente, ante Su presencia física nos elevaríamos posiblemente en éxtasis.

Algún día, cuando lo merezcamos, podremos estar en la presencia física del Maestro, sin restricciones, si somos sus devotos, si nuestro Ser superior logra identificarse con el Ser superior del Maestro. El Ser superior del Maestro se dirige al Ser superior nuestro. Allí estamos en su presencia y recibimos su influencia elevadora.

¿Por qué no dejar de quejarnos del medio ambiente? Debemos tratar de irradiar esa espiritualidad que induzca al cambio, como lo hace el Maestro. Preocupémonos por crear el medio ambiente que influya benéficamente sobre los demás. Esto se logra partiendo del centro hacia afuera, del Yo espiritual hacia el mundo material, y no al revés.

Analizando la actitud del Maestro vemos que se dirige siempre a nuestro ser espiritual, a nuestro Ser Real. Esa visión nos transforma; esa es la transformación que necesitamos. Que hay necesidad de hacer cambios externos, es cierto, pero si hay el cambio fundamental interno seremos factores positivos para el cambio externo en la vida temporal en cuerpos percederos. El Señor Buddha nos da ejemplo de lo anterior cuando dice: «más vale un poco de amor que cien ollas de comida.» No nos está diciendo que no demos comida a quien está hambriento; debemos hacerlo. Si hay amor, lo haremos naturalmente porque nos saldrá del corazón.

Conocemos la meta de la vida: la perfección humana. Conocemos los medios: vivir de acuerdo con las leyes de la vida espiritual. ¿Por qué no logramos los mismos buenos resultados de otros que han avanzado más en este camino? Nada se obtiene gratuitamente. Si otros han podido, nosotros también podemos porque somos de la misma naturaleza, pero debemos hacer lo que ellos hacen y que nosotros todavía no hemos hecho.

Es necesario reconocer lo anterior para empezar a buscar una solución. Tenemos altísimos ideales. ¿En dónde fallamos? Primero, nuestra débil voluntad, además de otras razones importantes relacionadas con nuestro pequeño yo personal que desconoce la Unidad y vive en la diversidad buscando beneficios para sí.

No se vive en el presente por vivir en el pasado, añorándolo posiblemente, o haciendo planes de en un futuro incierto que no sabemos cómo será. Lo único que tenemos es el presente, no hay otro momento y tenemos que actuar ahora.

¿Qué debe ser el presente? El señor Sri Ram pone el ejemplo de una potente bombilla que ilumina un ambiente. Para esto, se necesitan dos cables conductores gruesos, limpios, sin roturas, de corriente positiva y negativa. En forma similar, para que en nosotros haya una luz potente que alumbré nuestra vida e ilumine al mundo, se necesitan dos cables conductores gruesos y limpios: el pasado y el futuro. ¿Cómo hacer para que ambos sean buenos conductores?

Si el pasado es una carga no es un buen conductor. Es como un pesado lastre que no permite que un globo aerostático se eleve. Para que se eleve hay que quitar el lastre. Pero esto no es suficiente. Es un requisito previo para que pueda elevarse a las alturas, lo cual se consigue inflando con helio el globo. Debemos quitar el lastre, inflar el globo, y luego soltar las amarras.

El pasado no puede retornar, pero es el único que hemos vivido. Su fuerza está en las lecciones que nos deja a través de experiencias propias y las que hemos aprendido observando las experiencias ajenas. Será como una plataforma de lanzamiento una vez dejado atrás el lastre, inflado el globo, y soltado las amarras. Es un desapegarse del pasado, pero no de sus lecciones.

Primero hay que inflar el globo; para qué llevar anclas antes. Ésta es la fuerza de los «ideales». Es el futuro que podemos traer al presente. De nada nos sirve conocerlo para adorarlo; es necesario que nos impulse para hacerlo activo ahora.

Podemos contemplar la vida del Maestro como **la vida «ideal»** que algún día será nuestra propia vida. Nuestra vida futura ya está presente en los Maestros. Ellos nos presentan Su vida como algo que experimentan día a día, lo cual debe ser de provecho para nosotros, ... si somos capaces de ver hacia adelante.

Debemos contemplar continuamente la vida del Maestro como el «ideal» de la perfección humana, para no desviarnos del objetivo.

El trabajo hay que hacerlo ya. Si lo dejamos para después será más difícil porque en el intervalo se fortalecerán cada vez más los impedimentos. Si por ejemplo un adolescente comienza a fumar o a beber licor, se va acostumbrando física y psicológicamente al vicio y a depender de él. Nadie lo esclaviza para permanecer en el vicio, se hace esclavo por sí mismo. Si se da cuenta pronto de los perjuicios de vicio, será fácil

dejarlo; pero si lo deja crecer, a través de los años será casi imposible librarse de su dependencia.

Hay dos caminos ante nosotros: el corriente, cayendo en el vicio o en las costumbres mundanas, sufriendo y haciendo sufrir a los seres queridos, arrepintiéndonos y haciendo promesas que no se cumplen o se cumplen a medias, haciendo cada día más difícil la salida, o el camino que nos indica el Maestro, recto, para seres fuertes, decididos y visionarios. ¿Cuál vamos a tomar?

El trabajo para beneficio de la humanidad es arduo y está en unas pocas manos. ¿Podemos ayudar? No, si seguimos siendo egoístas; si, si empezamos a dejar todo lo nocivo, empleando cuanto tenemos como medios para la realización espiritual, creando así la atmósfera benéfica necesaria.

Los Maestros crean a su rededor una atmósfera maravillosa. Tal vez podríamos intuir qué pasaría si hubiera más Maestros, frutos del cambio que hemos venido examinando; si todo ser humano fuera perfecto; si todo hogar fuera perfecto; si todas las comunidades, naciones, el mundo, fueran perfectos.

Podría pensarse que es una Utopía. Pero cuando se cumpla plenamente por parte de nosotros el Plan Divino, el mundo será un paraíso. Todos quisiéramos un mundo así. El cambio necesario debe empezar en cada ser humano para que influya espiritualmente sobre el mundo. Esa labor sublime está en nuestras manos en alguna medida desde ahora, y de manera creciente si la emprendemos seriamente.

El Maestro es el hombre «ideal». ¿No podríamos tratar de realizar este «ideal» en nosotros, procurando vivir con la sabiduría del Maestro?

